

INTRODUCCIÓN

La relación de Alejandro con la geografía se ha venido enfocando principalmente desde dos perspectivas, su concepción del mundo, y en consecuencia su conocimiento del imperio persa dentro de este esquema, y la reconstrucción de su itinerario preciso a través de los diferentes territorios de Asia durante el curso de la campaña oriental. Ambos enfoques han mostrado sus evidentes limitaciones. El primero de estos temas, dada su importancia para entender cuestiones tan fundamentales como la planificación de la conquista o cuáles fueron sus expectativas más razonables, ha suscitado cierto interés entre algunos estudiosos¹, aunque se ve todavía irremediablemente condicionado por la inevitable sombra de Aristóteles a la hora de valorar, en mayor o menor medida, la contribución específica del filósofo griego a la construcción de la imagen del mundo que Alejandro tenía *in mente*. La falta de sólidos testimonios sobre esta relación y sus implicaciones, por tentadora que pueda parecer en teoría, no permite ahondar en la cuestión y ha quedado hasta la fecha encallada en meras especulaciones. Por su parte, la reconstrucción de la ruta de la campaña ha suscitado una mayor atención, tal y como puede comprobarse fácilmente con un simple vistazo a la serie de estudios que figuran agrupados en el apartado topográfico correspondiente de las diferentes etapas de la expedición en el repertorio bibliográfico de Jakob Seibert². Sin embargo, los resultados distan mucho de ser concluyentes a la hora de establecer con seguridad el itinerario seguido, ya que tampoco han faltado las decepciones, las dudas o los fracasos más estrepitosos en este intento de trasladar sobre el mapa el avance de la expedición, identificando los términos mencionados en los textos antiguos con localizaciones más o menos precisas del territorio actual de todas estas regiones.

¹ Como revelan los trabajos de Heinrich ENDRES 1924; Viktor BURR 1947; Brian BOSWORTH 1993 y 1996 a; Hans Joachim GEHRKE 2011, o los de Reinhold BICHLER 2011, pp. 324-331 y 2016.

² Pueden consultarse los más destacados en los apartados sobre topografía del repertorio bibliográfico de SEIBERT 1972 en cada una de las etapas de la expedición, p. 96 (Asia Menor); pp. 107-108 (Siria y Palestina), pp. 138-139 (Irán oriental), 150-152 (India). El propio SEIBERT (1985) es autor también de una monografía que concentra la atención sobre la plasmación cartográfica de la expedición.

Para la reconstrucción del itinerario seguido por la expedición de conquista dependemos por completo de la secuencia narrativa que nos ofrecen los testimonios disponibles, particularmente Arriano, Quinto Curcio y Diodoro, que relatan el desarrollo de la campaña siguiendo su avance a través de diferentes territorios y aportan además un extenso repertorio de topónimos. Se ha recurrido también a los resultados de las exploraciones de algunos viajeros modernos que, como el británico James Rennell, el alemán Franz Schwarz o el húngaro Aurel Stein, recorrieron las rutas del interior de Asia y la India tratando de seguir los pasos del conquistador macedonio. Por último, se ha buscado también el apoyo de la labor arqueológica sobre el terreno desarrollada por franceses, rusos e italianos que, con mayor o menor fortuna, ha intentado identificar algunos de los puntos clave del itinerario macedonio.

Sin embargo, la mayoría de estos topónimos, incluidos aquellos que parecen concitar un cierto consenso, no han encontrado en la realidad arqueológica las pruebas consistentes necesarias que permitan confirmar su identidad de forma definitiva y trazar de este modo con plena seguridad sobre un mapa moderno el itinerario de la conquista. Las huellas dejadas por la campaña de Alejandro sobre el paisaje asiático destacan por su rareza y escasez, en contraste con los testimonios más claros y abundantes de períodos anteriores, como el propiamente aqueménida, o inmediatamente posteriores al paso del conquistador macedonio, como el de los sucesivos reinos greco-bactrios o el imperio kushan, con algunos descubrimientos excepcionales como la ciudad de Ai Khanum o el templo del Oxo en Takht-i Sangin, mientras brillan todavía por su ausencia los restos visibles de cualquiera de las ciudades o colonias fundadas por el monarca macedonio³. La continuación de los trabajos arqueológicos, sobre todo los que se llevan a cabo en las antiguas repúblicas centroasiáticas, especialmente en Uzbekistan en colaboración con estudiosos franceses, y los que se desarrollan en la India por iniciativa italiana, hace esperar que algún día sus resultados permitan afirmar con la contundencia debida cuáles fueron los hitos principales de un itinerario que hasta la fecha todavía es objeto de numerosas incertidumbres y de todo tipo de hipótesis⁴.

³ De hecho, mientras se han publicado al menos dos recientes volúmenes sobre la arqueología de este segundo período, el helenístico, uno a cargo de Rachel Mairs (2014) y otro editado por la misma estudiosa (MAIRS 2021), no existe hasta la fecha ninguno que reúna los hallazgos realizados en estas zonas que podrían estar relacionados con el paso de la expedición macedonia.

⁴ Solo hay que echar un vistazo a la polémica que mantuvieron en este terreno Paul Bernard y Paul Goukowsky acerca de la ubicación precisa de algunas de las Alejandrías de la zona, (BERNARD 1982 b; GOUKOWSKY 1989) o las diferentes alternativas sobre la ubicación de determinados puntos de la ruta en Bactria y Sogdiana, RAPIN 2021.

Los aspectos puramente geográficos de la expedición no han figurado de este modo como temas preferentes dentro del inagotable manantial de estudios dedicados a Alejandro, tal y como puede comprobarse en las páginas de los repertorios bibliográficos de Seibert o del más reciente de Molina Marín⁵. Tampoco suele abundar este tipo de temas en el sumario de los numerosos volúmenes colectivos dedicados recientemente a la figura del monarca macedonio, incluidos aquellos que pretenden ofrecer una visión aparentemente más global y completa de su trayectoria, como el *Companion* editado por Brill en el 2003 a cargo de Joseph Roisman o la *New History* compilada por Lawrence Tritle en 2009⁶. Sin embargo, las discusiones acerca de la identificación de los diferentes puntos de la ruta ocupan un espacio considerable en los comentarios correspondientes de nuestras dos fuentes principales, Arriano y Curcio⁷. El aspecto relacionado con la geografía que ha suscitado más la atención en este terreno ha sido quizá la visión de Alejandro como explorador y descubridor de nuevas tierras, que le ha garantizado un lugar preeminente en historias generales de la exploración, como la del noruego Ørjan Olsen, publicada en 1933, y la compilada por John Keay, publicada por la *Royal Geographical Society* en 1991, o en la célebre monografía de Cary y Warmington sobre las exploraciones antiguas, aparecida en 1929⁸. La destacada contribución de Alejandro al notorio incremento de los conocimientos geográficos le ha llevado también a figurar en las historias de la geografía antigua, en algunas de forma destacada como las de Edward Bunbury, Christian Van Paassen, o Paul Pédech, y en el *Companion* de Brill publicado el

⁵ En el repertorio bibliográfico de SEIBERT 1972, pp. 216-217, los trabajos específicos dedicados a este campo son más bien minoritarios, contabilizando tan solo cinco, dado que a ellos se añaden también obras más generales sobre la historia de la exploración, como las de Cary-Warmington u Olsen. Contrasta en este sentido con el más reciente de MOLINA MARÍN 2018, pp. 196-197, en el que figuran bastantes más, pero de todos modos las referencias siguen ocupando tan solo dos páginas.

⁶ Solo en el próximo *Companion* de Cambridge dedicado a Alejandro, editado por Daniel Ogden, se anuncia un capítulo expresamente dedicado a este aspecto a cargo de Antonio Ignacio Molina Marín (MOLINA MARÍN en prensa, a quien agradezco la gentileza de haberme proporcionado su texto antes de que la obra haya visto la luz).

⁷ BOSWORTH 1980 y 1995; SISTI 2001 y SISTI – ZAMBRINI 2004; ATKINSON 1980 y 1994. No faltan tampoco este tipo de referencias en los comentarios de PRANDI 2013 sobre el libro XVII de Diodoro, de HAMILTON 1969 sobre la biografía de Alejandro de Plutarco, de YARDLEY – HECKEL 1997 sobre Justino, o de BIFFI 2005, 2002 y 1999 sobre los libros XV, XVI y XVII de Estrabón.

⁸ OLSEN 1933, pp. 121-144; KEAY 1991, pp. 23–26; CARY–WARMINGTON 1929, pp. 142-149. BIANCHETTI–CATADELLA–BICHLER 2016, con los capítulos a cargo de Joachim GERHKE y de Veronica BUCCIANINI. Destaca también dentro de esta misma perspectiva el clásico trabajo de BERVE 1949. Recientemente hay que señalar la tesis de Christopher KEGE-REIS 2016, que se dedica a estudiar a fondo este aspecto.

2016 a cargo de Serena Bianchetti, Michelle Cataudella y Reinhold Bichler, en el que ocupa nada menos que dos capítulos⁹.

Otra clara perspectiva geográfica se desprende del estudio de los aspectos logísticos de la campaña, subrayados ya en su día por la monografía de Donald Engels, aparecida en 1978, así como los sistemas de comunicación y obtención de las informaciones utilizados en el curso de la expedición, temas que han suscitado la atención específica de algunos estudiosos¹⁰. Aunque se trata de un campo menos conocido y documentado que su aplicación en determinados momentos de finales de la República y del imperio romano, no cabe duda de que los avances desarrollados en este último terreno gracias a los trabajos de Robert Sherk y Ronald Syme¹¹, salvando las distancias y las comparaciones estrictas entre situaciones históricas diferenciadas, pueden proporcionarnos alguna ilustración a la hora de avanzar por este camino. Inciden también en este mismo campo los trabajos dedicados al estudio de la administración del imperio, a la posición de las guarniciones o a la situación y fundación de nuevas ciudades, que permiten ilustrar desde esta perspectiva aspectos importantes de las decisiones de Alejandro que pudieron verse condicionados por este tipo de cuestiones¹².

El primer problema con el que nos enfrentamos a la hora de estudiar los aspectos geográficos de la expedición es la discordancia evidente entre la imagen cartográfica del mundo que tuvieron tanto los propios protagonistas de la expedición como los autores que escribieron acerca de la campaña y nuestra visión actual del orbe basada en la contemplación de un mapa. La campaña discurrió por los diferentes territorios de Asia y atravesó montañas, ríos y desiertos que siguen existiendo en la actualidad, aun con los cambios topográficos experimentados a lo largo del tiempo, sobre todo por lo que respecta al cauce de los ríos y a la línea

⁹ BUNBURY 1879, 407-534; VAN PAASSEN 1957, pp. 263-281; PÉDECH 1976, pp. 75-83 y 87-94. Lo que contrasta, por cierto, con el reducido espacio que ocupa en otras obras más recientes de esta clase, como DUECK 2012, donde no cuenta con ningún apartado propio, JACOB 2017 o ROLLER 2015, donde comparte capítulo con Piteas, si bien ocupa todavía algunas páginas, pp. 90-104. Sí aparece, en cambio, en CORDANO 1992, pp. 97-103; BIANCHETTI 2008, pp. 53-60 y MOLINA MARÍN 2010, pp. 126-154.

¹⁰ A los trabajos de BORZA 1977 y ENGELS 1980 se han añadido después los de HOLT 1993; WALLACE 2016 y 2020; BARON 2020 y AGUDO VILLANUEVA 2022.

¹¹ Nos referimos a trabajos como los de Robert SHERK 1974; Ronald SYME 1988; en la década siguiente destacan también estudios como los de A. D. Lee 1993, especialmente desde la p. 81 y ss. y Susan MATTERN 1999.

¹² Destacan en este terreno los trabajos de BADIAN 1965; THOMAS 1974; HIGGINS 1980; BOSWORTH 1983; WALTON DOBBINS 1984; HOLT 1986; HAMMOND 1998 y WORTHINGTON 2010.

de las costas, pero la representación mental de todo este espacio y la percepción de su ordenación territorial específica eran radicalmente diferentes entre ellos y nosotros. Como es bien sabido, los mapas no eran un instrumento habitual en las operaciones militares de la Antigüedad, si bien sabemos de la existencia de algunos 'esquemas cartográficos' de carácter sinóptico, similares quizá al que el tirano jonio Aristágoras exhibió en su día ante espartanos y atenienses para convencerles de que dieran su apoyo a la naciente rebelión contra los persas, en el que aparecía diseñada de forma global la secuencia de los diferentes pueblos del imperio siguiendo aparentemente las etapas de la ruta real que unía Sardes y Susa¹³. Pero tales diseños no eran capaces de proporcionar las herramientas necesarias para planificar una operación de conquista de esta envergadura, a pesar de que sus fundamentos principales descansaban sobre las grandes líneas marcadas por la estructura imperial aqueménida como su extensa red viaria, el repertorio de sus diferentes satrapías, sus diversas capitales y centros de poder provincial, y sus fronteras en los diferentes confines del imperio¹⁴.

La aparición en escena del imperio persa representó efectivamente una auténtica revolución para el conocimiento que los griegos tenían de Asia, limitado hasta entonces a las meras impresiones ocasionales de los mercenarios al servicio de los grandes imperios de oriente o a las noticias dispersas e interesadas de los comerciantes. El extenso catálogo de los diversos pueblos sometidos a su dominio, que un personaje ilustrado como Hecateo de Mileto, y quizá también otros intelectuales del momento, era capaz de enumerar ante sus compatriotas¹⁵, o la secuencia de sus diferentes satrapías y la suma interminable de los diversos contingentes que conformaban sus ejércitos, descritos oportunamente en la historia de Heródoto, trasladaron enseguida hacia los medios griegos la imagen de su inmensidad territorial y sus inacabables recursos¹⁶. Este considerable aumento de los conocimientos geográficos, con nombres de regiones, ríos y montañas además de la emergencia de algunos elementos clave del paisaje centroasiático, como el mar Caspio, o el valle del Indo, debió verse oportunamente reflejada en obras como la *Periégesis* de Hecateo y, para nosotros, ya con mucha mayor claridad en las páginas de Heródoto, arrinconando la visión mucho más simplista surgida de los poemas épicos de un mundo mucho más reducido, rodeado en todas partes por las aguas del océano. Sin embargo, esta espectacular irrupción de nuevos territorios y nuevas gentes dentro del horizonte geográfico griego no

¹³ HDT., V 49.

¹⁴ DAN 2013; BICHLER 2016; ROMNEY 2017; RAPIN 2018.

¹⁵ HDT., V 36, 2.

¹⁶ HDT., VII 60-99.

significó en ningún momento una reconfiguración de la imagen del orbe mucho más precisa y detallada que en los esquemas previos sino una simple ampliación del espacio ocupado dentro de ella. El espacio asiático, inevitablemente magnificado por la propia percepción griega del imperio, construida a partir de las impresiones provocadas por la potencia y la magnitud de sus ejércitos o por el lujo desbordante que exhibían el monarca y sus altos dignatarios¹⁷, continuó exhibiendo importantes distorsiones y fueron todavía numerosas las lagunas que lastraban una visión más exacta de los nuevos conocimientos.

En los momentos que precedieron a la expedición de Alejandro las descripciones del orbe, catalogadas como *períodoi géis*, a las que alude Aristóteles en varios pasajes de sus obras¹⁸, debieron ser relativamente abundantes, pero probablemente ninguna de ellas constituía un referente lo suficientemente sólido, preciso y detallado como para servir de instrumento práctico para la planificación de una campaña de conquista como la que Filipo planeó en su día y llevó luego a cabo Alejandro. Tal y como ha sugerido una gran parte de los estudiosos modernos, es posible que, primero Filipo y los miembros de su estado mayor, y después Alejandro hubieran tenido a la vista este mismo tipo de esquemas, derivados en este caso de las enseñanzas de Aristóteles¹⁹, si bien resulta poco creíble que la planificación de una expedición de esta envergadura hubiera descansado básicamente sobre esta clase de materiales. A fin de cuentas, se trataba de la imagen griega del orbe, de carácter fundamentalmente teórico, aunque sostenida ahora en su mayor parte por las informaciones procedentes de los medios persas, que es la que aparece reflejada en la literatura conservada y a la que respondieron las descripciones geográficas de los miembros de la expedición que hicieron el relato de la conquista, la mayoría también griegos. Sin embargo, es muy posible que el estado mayor macedonio dispusiera de informaciones más concretas, basadas principalmente en canales de carácter extraliterario que, lógicamente, no han dejado su reflejo en la literatura subsistente.

La obtención y la gestión de las informaciones pertinentes acerca del imperio persa debieron llevarse a cabo de manera un tanto diferente a la de los estados griegos, teniendo en cuenta que la monarquía macedonia formó parte desde los inicios del siglo V a. C. de la llamada *koiné aqueménida*, generando de este modo una serie de continuos intercambios al más alto nivel entre los dos rei-

¹⁷ BICHLER 2016.

¹⁸ ARIST., *Rh.*, I, 1360 a, 33-35; *Pol.*, 1262 a 19; *Mete.*, 350 a, 16. Al respecto, PRONTERA 2021.

¹⁹ En este sentido siguen insistiendo estudiosos como HÖGEMANN 1985, pp. 65-72 y BICHLER 2016.

nos, con la presencia incluso de altos dignatarios persas en la corte macedonia. Además, la posibilidad de preservar estas preciadas informaciones dentro de un reducido círculo, como el formado por el monarca junto con sus asesores y Compañeros, resultaba mucho más factible dentro de un reino como Macedonia que en una ciudad griega. No conviene olvidar que la única campaña griega que tuvo como objetivo llegar hasta la misma corte persa fue organizada por un miembro de la familia real, Ciro el Joven, hermano del Gran rey, que conocía a la perfección los diferentes resortes y recursos de la administración aqueménida, la capacidad de moverse a través de las vías de comunicación internas, la situación de sus principales centros logísticos y de poder, y las posibilidades reales de sostener un ejército en marcha dentro de este marco imperial. Sería ingenuo pensar, en consecuencia, que tanto Filipo como después Alejandro no contaron con las informaciones necesarias para preparar una expedición militar de esta envergadura y afrontar el desafío con un mínimo de garantías dentro de un marco razonable de expectativas. Es verdad que no tenemos las informaciones necesarias para poder dar respuesta a esta clase de cuestiones, pero la marcha y el desarrollo de la propia campaña, con sus diferentes movimientos y la adopción de determinadas decisiones, proporcionan los suficientes indicios para suponer con buen criterio que la visión del imperio que poseía Alejandro no se parecía en nada a la imagen mucho más general y desvaída que nos ofrecen las fuentes literarias, interesadas sobre todo en destacar la excepcionalidad de la aventura y el carácter épico de su protagonista.

Recomponer el universo mental de Alejandro no resulta una tarea fácil, dado que no todos sus impulsos se explican desde la perspectiva de un individuo formado a la griega, provisto del consiguiente bagaje intelectual en este terreno, y motivado por sus aspiraciones de emulación heroica que tenían en Heracles o Dioniso sus referentes fundamentales. Sus decisiones y sus actuaciones sobre la marcha revelan una mentalidad mucho más compleja, constantemente condicionada por diferentes factores que resulta tremendamente complicado diferenciar. Alejandro debió tener un mapa mental en el que constaban de forma más o menos detallada y precisa la disposición territorial de los dominios aqueménidas y las rutas más adecuadas que surcaban dicho espacio, como un fundamento imprescindible que le permitió primero concebir la expedición y después llevar a cabo la conquista del imperio persa. Los llamados mapas mentales han adquirido una especial importancia dentro de las investigaciones geográficas más recientes, concebidos como herramientas que, con mayores o menores fundamentos en la percepción de la realidad, nos permiten afrontar nuestros tratos con el mundo real mediante la adquisición, el almacenamiento y la utilización de las informaciones disponibles acerca del entorno geográfico y contribuyen,

en definitiva, a configurar nuestra visión del mundo²⁰. Hans-Joachim Gehrke se planteó no hace mucho la reconstrucción de este mapa mental de Alejandro resaltando como sus elementos fundamentales su declarada sed de conocimientos geográficos, sus deseos de alcanzar los límites, y el destacado papel que tuvieron las exploraciones dentro de la campaña de conquista. Insiste de nuevo en la función de Aristóteles en la formación del joven príncipe en este terreno, concediendo de este modo una cierta relevancia a los contenidos de carácter geográfico, contemplados incluso desde un punto de vista cartográfico y visual, dentro de su legado educativo. Sin embargo, reconoce a renglón seguido que, dada la vaguedad de estos esquemas, Alejandro se vio obligado a comparar y contrastar esta visión del mundo con su experiencia directa de la realidad a través de exploraciones emprendidas con fines mucho más pragmáticos que contribuyeron a ajustar su imagen del orbe a las necesidades de la conquista. De este modo, Alejandro convirtió la conquista en una investigación del mundo y viceversa. Algunas cuestiones prácticas como la precisa naturaleza del mar Caspio o la desembocadura del Indo en el océano meridional revelarían el proceso seguido en esta confrontación constante entre la teoría y la práctica que obedecerían a esa característica mezcla de los deseos del explorador y el conquistador²¹.

Ciertamente, Alejandro no actuaba movido solo desde los parámetros macedonios y griegos. En el curso de su avance, su contacto con el mundo de sus adversarios se fue haciendo cada vez más estrecho a través de la absorción progresiva de las antiguas elites iránias, tanto en el propio entorno del monarca como en las filas de un ejército que fue haciéndose progresivamente más complejo hasta el punto de que en el momento de la campaña en la India apenas se parecía ya en su composición al que había cruzado el Helesponto al inicio de la campaña. La ideología persa del dominio universal, exhibida en las inscripciones reales, en los monumentos públicos de las capitales y en otro tipo de ceremonias, cimentada en una larga tradición que se remontaba muy atrás en el tiempo, debió hacer pronto también mella en la mentalidad de Alejandro, cambiando su propia concepción como nuevo soberano del imperio y condicionando la mayoría de sus manifestaciones públicas. El escenario de la campaña había experimentado un cambio completo y el auditorio preferente de sus proclamas y actuaciones no eran ya sus tropas macedonias ni los medios griegos. Las fuentes grecorromanas que narran el desarrollo de la expedición proporcionan su propia visión de los hechos, interpretados siempre en clave griega, y condenan, con mayor o menor intensidad, el deterioro moral del monarca provocado por

²⁰ Una visión general sobre el tema en GOULD–WHITE 1986; también ROMNEY 2017.

²¹ GERHKE 2016.

la adopción de ciertas costumbres y ceremonias persas, ofreciendo un panorama del personaje que se desliza de manera inevitable desde los firmes postulados heroicos que marcaron el inicio de la campaña hacia un estilo de vida decadente y corrosivo que a la postre acabaría dando al traste con todas sus ambiciones. Alejandro parece así el resultado de una foto fija que iba decolorándose con el paso del tiempo sin haber sabido conservar las esencias propias ante un mundo completamente diverso al de sus orígenes que casi de la noche a la mañana pasó a formar parte de sus dominios.

Sin embargo, la historia real de la campaña oriental transitó por caminos bien diferentes. El desarrollo de la expedición no se explica bien del todo centrandó la perspectiva en su deseo imparable de conquistar nuevas tierras y hacer frente a nuevos desafíos, que aparece resumido por la famosa expresión del *póthos*, en contraste creciente con el cansancio y desesperación de sus tropas o la desconfianza y el recelo de al menos una parte importante de su estado mayor. La lectura que se desprende de nuestros testimonios nos ofrece la imagen de una expedición de conquista bien planificada en la que los objetivos inmediatos iban cambiando en función de las circunstancias, ajustándose en buena medida a la realización efectiva del proyecto inicial, que sin duda iba mucho más allá de una guerra de represalias de carácter panhelénico y de una ambición personal desmesurada capaz de desafiar a los héroes y dioses que, teóricamente, estimularon desde el inicio sus actuaciones.

Lejos de interpretaciones psicológicas acerca de la naturaleza particular del personaje, imposibles de comprobar en modo alguno y siempre abiertas a la interferencia de las propias inclinaciones personales de cada estudioso, solo los hechos que llevó a cabo y la manera en que preparó, organizó y desplegó las diferentes etapas de la conquista constituyen un fundamento relativamente sólido para intentar entender las razones y los objetivos de su comportamiento. En este sentido, la ‘perspectiva oriental’, apuntada también por Gehrke, contribuye de manera sorprendente a ilustrar y explicar muchas de sus actuaciones, al situarlas dentro del contexto apropiado de un nuevo escenario cuyos interlocutores preferentes no eran ya los macedonios ni mucho menos las ciudades griegas de la Liga de Corinto, sino todo un imperio sustentado en unos referentes ideológicos que Alejandro ya había asimilado y necesitaba exhibir y poner en práctica si deseaba convertir sus victorias militares en algo más duradero y permanente que una simple campaña en busca de botín. Robert Rollinger ha demostrado la incidencia práctica que estas proclamas universalistas orientales pudieron tener en la actuación de Alejandro, en episodios tan emblemáticos y significativos como la toma de la Roca de Aornos o su llegada hasta el océano en la India, aplicando a sus actuaciones los esquemas bien establecidos de los

monarcas orientales de presentarse como reyes del orbe cuyos dominios alcanzaban los mismos confines del mundo²².

La actuación de Alejandro, lejos de moverse entre los dos polos opuestos de la racionalidad más pragmática y la irracionalidad de sus impulsos inmediatos, se adecuó más bien a una serie de parámetros complementarios que no es posible aislar del todo como ejes motivadores de su conducta. Sus mapas mentales no se vieron reducidos al mero conocimiento del campo de actuación en el que debía desplegar sus dotes estratégicas y tácticas, sino que en su configuración intervinieron también otros resortes como la serie de obstáculos a superar en el curso de su avance, los centros de poder que, provistos de un prestigio ancestral, emergían de forma aislada dentro de su horizonte general de expectativas, los lugares dotados de una alta significación simbólica que ya habían figurado antes en itinerarios heroicos, como iconos destacados del mundo oriental o como referentes inevitables dentro de las tradiciones reales que intentaba asimilar en su nueva dimensión de soberano a la cabeza de un imperio, o la necesidad de crear su propia topografía, fundando ciudades que llevaban su nombre, dejando rastro de su presencia en lugares de memoria ya consolidados, como era el caso de Troya, o construyendo su propio reino con la designación de Asia que rompía aparentemente con los viejos patrones aquemenidas que trataba de superar. No se trataba de estructuras tan coherentes y articuladas como las que reclamaba el esquema de actuación de la conquista y el despliegue de las operaciones militares necesarias para llevar a cabo su cometido. Algunos de estos hitos podían aparecer en su mente provistos de su propia y particular fisonomía, incluso en ocasiones hasta despegados de su contexto inmediato, sin que adquiriesen especial protagonismo las vías que conducían hasta ellos o los territorios intermedios y colaterales entre los que se hallaban situados. Eran más bien espacios propios y diferentes, arrancados a la cruda secuencia hodológica de la campaña para ocupar su propia posición dentro de unos esquemas previos en cuya generación intervenían factores tan diversos como la geografía mítica derivada de los relatos heroicos, las teóricas aspiraciones hegemónicas de los grandes conquistadores orientales, entre los que destacaban figuras como la de Ciro el Grande o la babilonia Semíramis, o los deseos de construir un mundo a la medida en el que tanto los viejos 'lugares de memoria' como las regiones más apartadas de los confines del orbe quedaran convenientemente asimilados al paso de sus conquistas.

La conquista no se resume en el resultado de una expedición militar continuada a través de un espacio más o menos conocido que, visto desde una pers-

²² ROLLINGER 2014; ROLLINGER-DEGEN 2021 a. En este mismo terreno también, ROLLINGER 2016 y 2020; HAUBOLD 2012.

pectiva simbólica, abarcaba desde el Helesponto hasta la India. La geografía de la campaña no se traduce tampoco en la suma acumulativa de los diferentes territorios sometidos, cada uno de ellos con sus distintas peculiaridades, que quedó reflejada en solemnes discursos destinados a proclamar su gloria más que en inscripciones o relieves imperiales a la manera de los persas. La relación de Alejandro con la geografía fue más bien el resultado de un entramado mucho más complejo en el que se entrecruzaban de manera constante y en muchos casos sin aparente distinción diferentes perspectivas y modelos de actuación que tenían su punto de partida en constelaciones ideológicas muy diferentes, algunas ya adquiridas desde el inicio de la campaña, como la emulación de los modelos heroicos o la lucha ancestral entre Asia y Europa, que tenía ahora a Alejandro como principal protagonista, y otras que fueron sumándose en el curso de la expedición, como la sensación de dominio universal inherente a la culminación de la conquista y el deseo de alcanzar, de manera simbólica y real, los límites de un imperio que coincidían con los propios confines del orbe.

La geografía de la conquista de Alejandro no solo afecta a la preparación de la expedición, a la secuencia de la campaña y sus correspondientes anclajes en la geografía real e imaginaria del continente asiático, o a los desafíos reales que tuvo que afrontar en el curso de la campaña en cada uno de los territorios afectados. Su ámbito implica también la estela de los grandes centros de poder que afloraban en la realidad y en la memoria personal y colectiva, las dimensiones específicas de una geografía más simbólica que ejercía su fascinación más allá de los parámetros puramente geográficos, o las decisiones y actuaciones adoptadas en un espacio ya dominado, llamado a convertirse en un nuevo imperio personal. Esta perspectiva geográfica incluye también el intento de recuperar las percepciones e impresiones originales de sus protagonistas a través de los fragmentos dispersos de los primeros historiadores de la campaña y sus formas de abordar la descripción de un espacio diferente que lindaba nada menos que con los propios confines del orbe, la inevitable intromisión de actualizaciones geográficas posteriores en autores que compusieron sus relatos de la campaña ampliando quizá sus informaciones gracias al uso de fuentes más recientes que habían ampliado sus conocimientos acerca de aquellas regiones, y por último, la generación de una geografía fantástica e irreal que encontró su principal acomodo dentro de la llamada *Novela de Alejandro*, pero cuyos gérmenes iniciales se detectan ya en los propios expedicionarios, fascinados por un horizonte que parecía no tener fin y con el relato de maravillas de todas clases, surgidas particularmente del impacto producido por la contemplación de la flora y la fauna indias.

Se añaden al final del libro una serie de mapas ilustrativos que permitan facilitar la lectura y comprensión de los diferentes capítulos. Además de los de carácter más general sobre el recorrido global de la expedición, sobre el sistema viario aqueménida o sobre la reconstrucción del mundo habitado según el esquema de Eratóstenes, se han incluido algunos más parciales que afectan a las zonas de mayor complejidad geográfica como las regiones de Asia central y la India. Hubiera sido deseable contar con mapas más específicos que pudieran haber acompañado la secuencia del texto en determinados lugares del relato, pero las dificultades a la hora de crearlos ad hoc por la necesidad de detalle, o la existencia de derechos de autor que no han podido ser consultados para el correspondiente permiso de reproducción, han hecho del todo imposible dicho deseo inicial. Esperamos que el material gráfico así proporcionado, a pesar de su carácter general, pueda servir a su objetivo de clarificar en determinados momentos las referencias que se hacen en el texto a diferentes lugares y regiones. De todas maneras, para más detalle el lector puede acudir al *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, 2000, editado por R.J.A Talbert, que es extremadamente prolijo. En el enlace del *Ancient World Mapping Center* (<http://awmc.unc.edu/wordpress/free-maps/>), además de ofrecer instructivos y completos mapas basados en la edición de Talbert, se pueden encontrar útiles links, en particular el buscador Pleiades (<https://pleiades.stoa.org/>).

Finalmente, las referencias abreviadas a autores griegos y a las colecciones de fragmentos y de fuentes epigráficas y papiáceas siguen el uso del *Diccionario Griego-Español* del CSIC. Para los autores latinos se han utilizado las abreviaturas del *Thesaurus Linguae Latinae*.